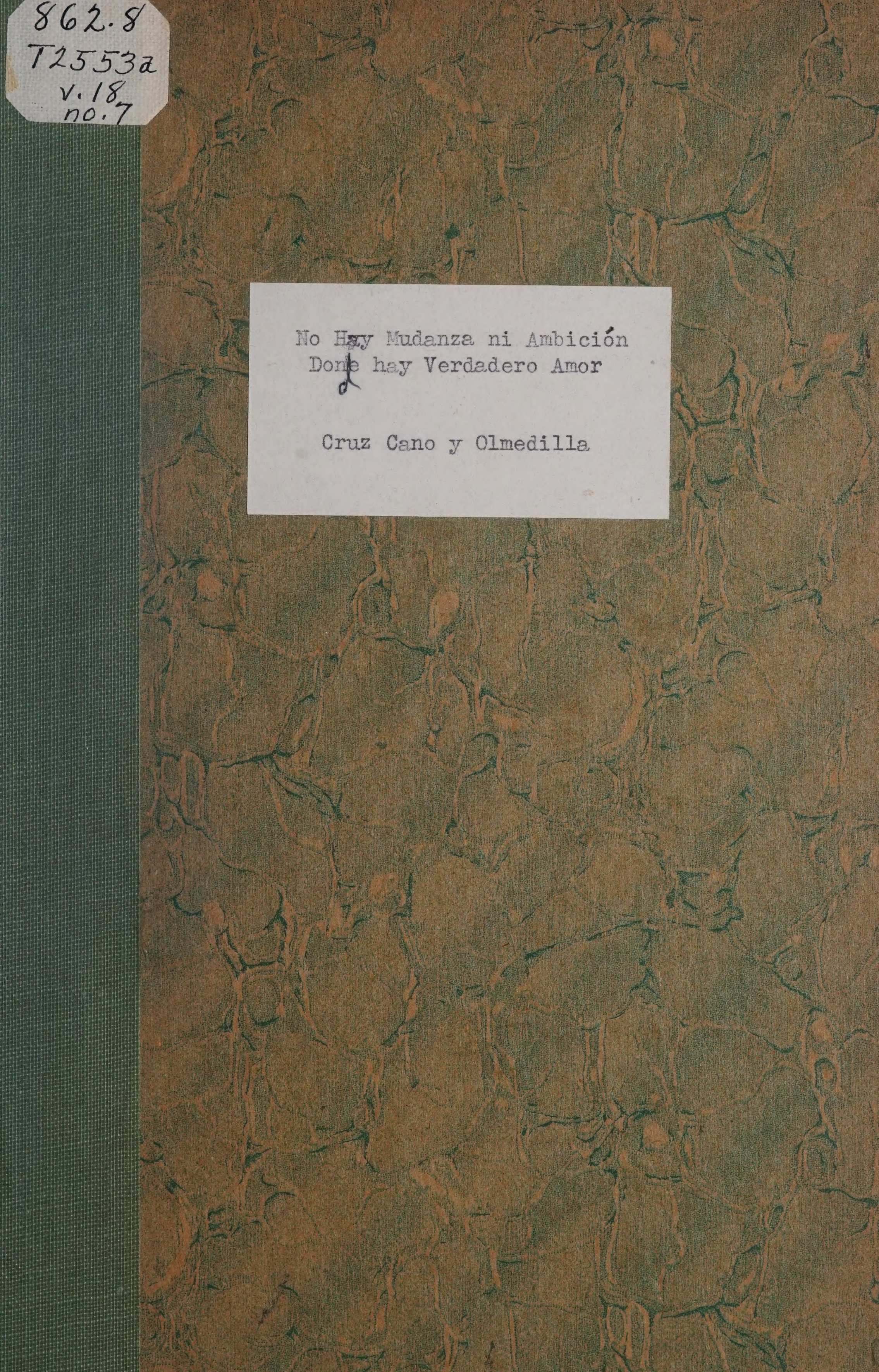
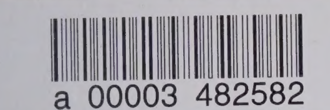


862.8
T2553a
v.18
no.7
No Hay Mudanza ni Ambición
Donde hay Verdadero Amor
Cruz Cano y Olmedilla


a 00003 482582

COMEDIA NUEVA.

NO HAY MUDANZA NI AMBICION DONDE HAY VERDADERO AMOR.

REY PASTOR.

PERSONAS.

Elisa.	*Tamiris.*
Rosilda.	*Un Pastor.*
Corino.	*Una Pastora.*

...npaña, bañada del rio Bostreno, que se ve despeñar de ... de verdor y ganado con sus Pastores y perros: rustica ... mas adelante Cabañas Pastoriles, y á lo léjos vista de la ... perspectiva de la parte que no ocupa el Monte: Mirteo y Corino tocando adufes, sentados en varias peñas; y sobre otra, Rosilda alhagando un Cordero, y cantando en aire Pastoril y gracioso, lo siguiente.

JORNADA PRIMERA.

Ros. Inocente Corderillo
que del rio á la frescura
apurar tu sed procura
en el ansia de beber;
pues inquieto y bullicioso
te separas del ganado,
volverás aprisionado
mi cayado á obedecer.

Cor. de Pastores. Pues á la mitad del dia,
tan cercano el Sol se ve,
Pastorcillos, á sudar,
Corderillos, á beber,
alternando placeres y afanes,
y templando el afan con placer.

Empiezan á descender los ganados y Pastores, y durante el Coro, se ven pasar por el Puente, como que llevan el ganado á beber al rio: y por el llano sale Elisa presurosa, y luego que la ve Mirteo, arroja la flauta, y corre á encontrarla.

Mirt. ¿A dónde vas, bella Elisa,
tan presurosa? ¿Qué objeto
hay de tu cuidado digno?

Elis. Tu solo, amado Mirteo.

Mirt. ¡Ay Dios! ¿pues cómo te atreves
á venir aqui, sabiendo
que tan vecino á este valle
está el campo de los Griegos?
¿Y que del grande Alexandro
de Macedonia, el inmenso
exercito, ocupa todo
nuestro fertil campo ameno?

Elis. Lo se. *Mirt.* ¿Pues por qué te expones
á los casuales riesgos
de la campaña, tan sola?

Elis. Como no puede haber riesgo
para mi, como el no verte;
y amor no toma consejo
mas que de su voluntad.

Mirt. ¿Y por mi hacer tal extremo?

Elis. ¡Ay mi bien! ¡Con qué alma tan
llena de esperanza vengo!
Y hasta partirla contigo,
no puedo encontrar sosiego.

Mirt. ¿Pero en parte mas segura,
di, no pudieramos vernos?

Ros. Dices bien: aunque yo, en buena
hora lo diga, no tengo

COMEDIA NUEVA.

NO HAY MUDANZA NI AMBICION DONDE HAY VERDADERO AMOR.

EL REY PASTOR.

PERSONAS.

Mirteo.	*Elisa.*	*Tamiris.*
Alexandro.	*Rosilda.*	*Un Pastor.*
Agenor.	*Corino.*	*Una Pastora.*

Espaciosa y amena campaña, bañada del rio Bostreno, que se ve despeñar de un montecillo cubierto de verdor y ganado con sus Pastores y perros: rustica Puente sobre el rio: mas adelante Cabañas Pastoriles, y á lo léjos vista de la Ciudad de Sidon, en perspectiva de la parte que no ocupa el Monte: Mirteo y Corino tocando adufes, sentados en varias peñas; y sobre otra, Rosilda alhagando un Cordero, y cantando en aire Pastoril y gracioso, lo siguiente.

JORNADA PRIMERA.

Ros. Inocente Corderillo
que del rio á la frescura
apurar tu sed procura
en el ansia de beber;
pues inquieto y bullicioso
te separas del ganado,
volverás aprisionado
mi cayado á obedecer.

Cor. de Pastores Pues á la mitad del dia,
tan cercano el Sol se ve,
Pastorcillos, á sudar,
Corderillos, á beber,
alternando placeres y afanes,
y templando el afan con placer.

Empiezan á descender los ganados y Pastores, y durante el Coro, se ven pasar por el Puente, como que llevan el ganado á beber al rio: y por el llano sale Elisa presurosa, y luego que la ve Mirteo, arroja la flauta, y corre á encontrarla.

Mirt. ¿A dónde vas, bella Elisa,
tan presurosa? ¿Qué objeto
hay de tu cuidado digno?

Elis. Tu solo, amado Mirteo.

Mirt. ¡Ay Dios! ¿pues cómo te atreves
á venir aqui, sabiendo
que tan vecino á este valle
está el campo de los Griegos?
¿Y que del grande Alexandro
de Macedonia, el inmenso
exercito, ocupa todo
nuestro fertil campo ameno?

Elis. Lo se. *Mirt.* ¿Pues por qué te expones
á los casuales riesgos
de la campaña, tan sola?

Elis. Como no puede haber riesgo
para mi, como el no verte;
y amor no toma consejo
mas que de su voluntad.

Mirt. ¿Y por mi hacer tal extremo?

Elis. ¡Ay mi bien! ¡Con qué alma tan
llena de esperanza vengo!
Y hasta partirla contigo,
no puedo encontrar sosiego.

Mirt. ¿Pero en parte mas segura,
di, no pudieramos vernos?

Ros. Dices bien; aunque yo, en buena
hora lo diga, no tengo

queja de ningun Soldado.
Cor. Yo de todos, porque veo
que en sonando los tambores,
se pone el ganado inquieto.
Elis. Sin embargo, de Alexandro
ofendeis con este miedo
las heroicas nobles prendas,
que le aplaude el universo:
él es nuestra mas segura
esperanza; sus guerreros,
nuestros escudos: no vino,
como al principio creyeron
sus contrarios, ambicioso
de conquistas y de Reynos
á Sidon, sino á librarnos
de aquel tyrano sovervio,
que poseyó injustamente
por tantos años el cetro;
y roto el infeliz yugo,
con tanto desprendimiento
mira el trono, y la victoria,
que reusa los obsequios,
con que los nuevos vasallos
se le sugetan, diciendo
que él no es su dueño, sino
un auxîliar de su dueño.
Mirt. ¿Pues quién será nuestro Rey?
Elis. Segun dixo Meliveo
que oyó en la Corte, se cree
viva el ilustre heredero,
tan desconocido acaso,
que ignore que sea nuestro.
Cor. Yo no se quien soy, por esa
razon, yo pudiera serlo.
Mirt. ¿Y dónde le buscan? *Elis.* Dexa
para cuidados agenos
esos asuntos, y vamos
al principal que es el nuestro:
mi madre (¡ay querida madre)!
movida de los extremos
de nuestro inocente amor,
quiere al fin favorecernos;
y porque nos una el lazo
del suspirado hymeneo,
á solicitar va de
mi padre el consentimiento,
y lo logrará, que el alma
misma, lo está prediciendo.
Mirt. ¡Ay pobre de mi! *Elis.* ¿Suspiras?
¿pues qué te aflige, Mirteo?
dime, ¿por qué has suspirado?
Mirt. ¡Ah suerte fatal! ¡Ah Cielos,
tan airados contra mi!
Elis. ¿Te irritas? ¿Qué estilo nuevo
es este? ¿Qué? ¿Me aborreces?
Mirt. No. *Elis.* Pues di, ¿qué sientes?
Mirt. Siento
quan poco digno de tí
por todas partes me veo:
tu eres de la Real Estirpe
de Cadmo, hija de un nieto
suyo, y unica heredera
de sus bienes: dulce objeto
de sus altas pretensiones:
Idolo de quantos Pueblos
de Bostreno la ribera
fertiliza; y embeleso
digno de tantas ilustres
almas. Yo me considero
un obscuro Pastorcillo,
que á las piedades de Alceo,
sin saber quien me dió el ser,
debí solo el alimento.
¿Tu por mi dexar de un padre
el rico apoyo? ¿El empleo
mejor á que de justicia
te eleva el merecimiento?
¡Qué error! Y mas quando yo
solo puedo darte en premio
un tosco redil; el corto
numero de mis Corderos,
una cabaña, un estado
humilde, y un campo estrecho.
Cor. Mucho menos tengo yo
que tu, amigo, y no me quejo:
en verdad que el que no piensa
en boda, nada echa menos.
Ros. ¿Pues qué, te has de estár, Corino,
toda la vida soltero?
Cor. Si, Rosilda, mientras que
conserve el entendimiento,
y no tenga tal caudal
que necesite herederos.
Elis. ¿Con que solo tu pobreza
produce tu sentimiento?
Mict. Si, Elisa mia. *Elis.* Pues no,

no te debes quexar del Cielo;
que bien pródigo contigo
andubo en tu nacimiento:
pues aunque te negó el oro,
y el lustre de los abuelos,
te adornó de vizarria;
te concedió lo discreto;
infundió en tu alma valor,
y sencilléz en tu pecho;
y mi amor no busca mas
en Mirteo, que á Mirteo.

Mirt. ¡Oh felicidad! ¡Oh amada
Elisa! Tu dulce acento:::

Elis. A Dios, que vuelvo á mi madre,
á ver otra vez corriendo,
para saber la respuesta;
y no receles, que presto
daré la vuelta á tu vista,
pues una hora, un momento
no puedo vivir sin ti,
ni puedo encontrar sosiego:
pero al morir y al nacer,
que nos verá el Sol espero
desde hoy para siempre unidos.
¡Qué ventura! ¡Qué contento! *vas.*

Mirt. Perdon, Cielos soberanos,
que fui un injusto, un necio,
que me quejé de vosotros:
y arrepentido confieso,
que es la mia la mejor
estrella del firmamento;
y que si hay hombres felices,
yo soy el mas feliz de ellos.
Mas vamos, Corino, amigo,
no con el gozo olvidemos
á nuestro pobre ganado. *tocan.*

Ros. ¡Ay de mi infeliz! *Cor.* ¿Qué es eso?

Ros. Que se va poblando toda
la campaña de guerreros.

Cor. Si nunca te han hecho mal,
¿por qué huyes? *Ros.* Porque no quiero
que me le hagan: que la guerra
dicen todos que es lo mesmo
que la musica y los quadros,
que se han de ver desde lexos.
vase con todas.

Cor. Pues en verdad que se acercan
á nosotros con efecto.

Mirt. Vendrán quizá á divertirse
desde sus acampamentos.

Salen Alexandro, Agenor, y comparsa.

Agen. Señor, aqui está el Pastor. *ap.*

Mirt. Corino, sigueme al cerro.

Alex. Detente, amigo. *Mirt.* ¿Qué mandas?

Alex. Hablar contigo pretendo.

Mirt. Pues perdona, seas quien fueses,
porque ya se pasa el tiempo
de abrigar mi ganadillo,
que es mi cuidado primero.

Alex. Ya irás: un instante solo
aguarda: ¡qué noble aspecto!

Mir. ¿Qué quieres? *Alex.* ¿Cómo te llamas?

Mir. Mirteo. *Alex.* ¿Y tu padre? *Mir.* Alceo.

Alex. Vive? *Mir.* No; un lustro ha que yace
en humilde monumento.

Alex. Y de la herencia paterna
¿qué tuviste? *Mirt.* Unos Corderos,
un corto campo, una choza
quemada para el sustento;
una libertad sencilla,
y un corazon satisfecho.

Alex. Con todo, pobre es tu suerte.

Mirt. Es feliz, y no la trueco
por otra, pues es bastante
á completar mis deseos.

Alex. Sin embargo, con sudor
ganas el rudo alimento.

Mirt. Es verdad; mas le sazono
con el hambre y el sosiego.

Alex. Un aprisco te concede
incomodo y duro lecho.

Mirt. Si; pero en él aseguro
la tranquilidad del sueño.

Alex. Ignoras de otros estados
las grandezas, los obsequios,
brillantéz, comodidades,
aparato y lucimiento.

Mirt. No; pero tampoco ignoro
los pesares y los riesgos,
las envidias, las traiciones,
la ambicion y el fingimiento.

Alex. ¿Tan sereno vives? Di:
¿quién te podrá librar de estos
Soldados que te rodean?

Mirt. ¿Quién me ha de librar? El Cielo,
que protege á los humildes,

y destruye á los soberbios:
ésta misma obscura suerte,
de que tu haces menosprecio,
y yo blason, es bastante
para separar el miedo
de mi corazon, en caso
que yo pudiera tenerlo.
Agen. ¿Señor, dudas todavia?
Alex. Dexame, que estoy suspenso
de su alivio y su constancia,
Mirt. Si no pretenden mas que esto
de mi, queda en paz, Señor.
Alex. Aguarda, que tus alientos
tanto han llegado á agradarme,
que si quieres, yo te ofrezco
llevarte al mismo Alexandro.
Mirt. Lo estimo, mas no lo acepto.
Alex. ¿Por qué? *Mirt.* Porque estorvaria
él mis cuidados groseros;
y yo al mundo le usurpara
de sus cuidados excelsos
y benéfico valor,
tambien algunos momentos:
cada uno debe atender
á su estado; y son diversos:
uno el deber de Alexandro
es, y es otro el de Mirteo:
una cabaña es muy ancha
para mi, para él, estrecho
todo el mundo: yo dirijo
solo un rebaño pequeño:
y él numerosas esquadras
de formidables guerreros:
yo un corto campo cultivo,
él fecunda grandes Reynos:
y en fin, entre los dos puso
Dios, aquel espacio inmenso,
que hay del mas simple Pastor
al Monarca mas supremo.
Alex. ¿Pero en mas feliz estado
despues, no pudiera el Cielo
piadoso trocar tu suerte?
Mirt. Es verdad que puede; pero
hasta ahora éste me ha dado,
que es al otro tan opuesto.
Solo sé que soy Pastor,
que soy feliz, y no debo
desear trocar mi suerte
por los mayores trofeos.
Si el Cielo á mejor estado
me llamare en algun tiempo,
ya tendrá cuidado él mismo
á inspirarme otros deseos:
vamos, que estará el ganado
impaciente ya y sediento. *vas.*
Cor. Si ustedes algo me tienen
que preguntar, les advierto,
que aunque no tengo otra gracia,
eso tengo yo de bueno,
que soy respondon. *Alex.* Aparta.
Cor. Y que yo mi estado trueco
por qualquiera en que se coma
mas, y se trabaje menos.
Agen. Vete á cuidar tu ganado.
Cor. Apliquese Vm. ese cuento
para el suyo, que hasta ahora
mas descarriados solemos
ver por acá los Soldados,
que por allá los Corderos. *vas.*
Agen. ¿Qué os parece, gran Señor?
Alex. Sin duda que el heredero
de Sidon, oculto vive
en aquel joven discreto:
las pruebas que tu me has dado
son grandes, mas su alhagueño
rostro, su serenidad,
son indicios mas perfectos.
¡Qué virtud! ¡Qué alma tan docil!
Ven, Agenor: contemplemos
la gran obra, y este sea
el mayor de mis trofeos.
Vencer enemigas tropas,
abatir muros sovervios,
dominar una gran parte
del mundo, y adquirir Imperios,
es placer de Heroes humanos,
y su mas comun empleo:
pero ensalzar al caido,
dar felicidad á un Reyno,
desterrar de él las tinieblas,
y solicitar el centro
de la virtud para darla
su lugar, es ministerio
de las Deidades, que influyen
sus prodigios en mi aliento:
sigueme. *vase con su séquito.*

Agen. De tu grandeza
admirado, te obedezco.
Sale Tamiris. Detente, Agenor, escucha.
Agen. Perdoname, que no puedo
detenerme, Pastorcilla,
porque los pasos siguiendo
voy de Alexandro::: ¿Pero esta
no es Tamiris, si el deseo
no me engaña? Dime, eres tu
mi Princesa? *Tam.* Si. *Agen.* Y mi dueño?
Tam. Si, yo soi. *Agen.* ¿Tu en este trage,
mi bien? Tu en este desierto?
Tam. Si, Agenor, porque á este sitio,
y á este trage, solo debo
la libertad y la vida,
que me han dexado los Cielos;
ya que me privó Alexandro
de mi padre, y de mi Reyno.
Agen. ¡Ay Tamiris! ¡Quántas ansias
me cuestas! ¿con quánto esfuerzo
y lagrimas te he vuscado?
¿Adónde te fuiste? *Tam.* Huyendo
el dia de la batalla,
(mejor digera el tremendo
dia de las confusiones)
de Sidon, y del funesto
real cadaver de mi padre,
que quiso mas quedar muerto,
que vencido de Alexandro,
y verdugo de sí mesmo
se mató desesperado,
sin amparo y sin consuelo
de nadie, aqui llegué sola;
y Elisa con placentero
rostro, y lealtad como suya,
me dió acogida y consuelo.
Agen. Y dime, con qué designio:::
¿pero cómo me detengo
quando me aguarda Alexandro?
á Dios, yo volveré presto.
Tam. Detente, y para la fuga
dame siquiera algun medio;
dime ¿en qué lugar podré
llorar segura á lo menos?
Agen. Señora, si seguir quieres
mi opinion, otro no encuentro
mas facil, ni mas airoso,
que el presentarte al excelso
Alexandro: ven conmigo.
Tam. ¿Qué dices? ¿Yo ver al fiero
homicida de mi padre?
Agen. No te engañe el sentimiento,
Tamiris, porque Alexandro
no le mató; él, conociendo
su error, fue quien se dió muerte,
á pesar y en menosprecio
de la clemencia del grande
vencedor: tu labio bello
lo acaba de confesar,
y bien lo sabes. *Tam.* Si: ¿pero
yo he de ir á solicitar
mi esclavitud y sus yerros?
¿Yo de las Griegas cadenas
he de tolerar el peso?
Agen. Mal conoces de Alexandro
las prendas::: pero no puedo
ahora desengañarte,
mi bien: aguarda un momento,
que yo volveré á tus ojos,
y en todo discurriremos.
Tam. Pues mira, aquel es de Elisa
el alvergue; allá te espero.
Agen. Ya lo se: á Dios::: ¿Pero dime, *yen-*
cómo estoy en tus afectos? *(dose.*
Tam. Como siempre: asi tuviera
igual lugar en tu pecho
el mio. *Agen.* Ya que lo dudas,
preguntaselo á tus bellos
ojos: ellos pues, que influyen,
como preciosos luceros
de amor, en mi la constancia,
aseguren tus recelos,
y confirmen la firmeza
con que desde aquel primero
instante que los miré,
los amo, y los obedezco.
Pero á Dios: ¡qué mal se apartan
dos, que bien se quieren, Cielos! *vas.*
Tam. No os mostrais tan inclementes,
¡oh Dioses! y tan severos
conmigo, como creia:
si trocasteis en un techo
pagizo mi Real Palacio;
en tosca lana mi regio
adorno, y en soledad,
de la Corte los obsequios;

tambien me ofreceis constante
á mi adorado dueño;
y bastante me han dexado:
vuestras piedades venero,
todos mis males olvido,
quando su constancia encuentro;
y el cobarde corazon
que antes latia de miedo,
ya vuelve á latir colmado
de alegria y de consuelo. *vas.*

Salen Rosilda, Corino, Pastores y Pastoras.

Ros. Mientras tanto que á la margen
del rio goza el sediento
ganado pasto y bebida,
vamos á gozar del fresco
nosotros, á la frondosa
sombra de tilos y fresnos,
ó á las chozas. *Cor.* ¿No es mejor
pasar la siesta en un juego,
formar algun baile alegre,
ó ponerse á contar cuentos?

Ros. Como quieras, que por mi
en la vida se ha deshecho
ningun partido. *Cor.* ¿Y vosotros
qué aconsejais? *Tod.* Que bailemos.

Cor. Pues vamos á sacar de
las chozas los instrumentos;
y Rosilda y Belisarda,
que canten algo de bueno
y alegre, con que los pies
no puedan estarse quietos.

Ros. Tambien yo puedo bailar.

Cor. Pues hay mas de que cantemos,
y bailemos todos juntos?

Ros. Pues vaya al estilo nuestro:
cantemos las dos; y el Coro
repita bailando luego.

Entran en las chozas los Pastores y sacan diferentes instrumentos rusticos.

Canta Rosilda.

Con qué gracia despliegan las rosas
las hojas hermosas
al amanecer.

Cor. Con qué brio el boton encarnado
del Sol animado
despliega el clavel.

Los dos Con qué gozo al venir el aurora
por ver su Pastora
madruga el Pastor. (brio,

Cor. bayl. Con qué gracia, qué gozo, y que
Zagales y flores saludan al Sol,
porque vuelve á pintar con sus luces,
quanto con su sombras la noche borró.

Sale Elisa muy alegre y apresurada, y los suspende.

Elis. Corino, Rosilda, amigos,
¿sabeis donde está Mirteo?

Cor. Pues no está contigo, está
sin duda con sus Corderos,
porque nada le divierte,
Elisa, sino tu, ó ellos.

Elis. Pues id á buscarle todos;
decidle que venga presto:
ves, Corino; ve Rosilda;
amigas y compañeros,
id todos, porque me importa
verle; que venga corriendo,
ya que no quiso aguardarme,
como lo dixe, aqui. *Ros.* Luego
vendrá. *Elis.* ¿Como ha de venir,
sino sabe que le espero?
Id por distintas veredas,
y le hallareis. *Cor.* Yo no puedo
porque del calor y el baile
estoy rendido. *se tiende.*

Pastoras Está lexos. *vanse á las choz.*

Pastores Todos estamos cansados,
y vamos á echar un sueño. *echanse.*

Elis. ¿A dónde iria? El ganado,
sin duda le tuvo inquieto,
y fue á cuidarle, ó quizá
oyó ladrar á sus perros,
y temió que lo robasen;
¡qué dia tan placentero!
¡Qué felicidad! ¡Oh amado
padre mio! ¡Qué discreto,
á todas tus conveniencias
preferisteis mis afectos!
¿Si acaso podrá alcanzarle
mi voz? ¿Mirteo, Mirteo?

Ros. ¿Quieres dexarnos dormir,
Elisa, ó irte á los cerros
á gritar? *Cor.* No hay peor vecino
quando está uno soñoliento,
que un enamorado; pues

como está siempre despierto,
no dexa dormir á nadie.
Elis. Perdonad, que ya me enmiendo.
¿Si estará en la fuente? ¿Si
me habrá ido á buscar al Pueblo?
Yo voy á buscarle: ¿quál
camino será el mas cierto?
Pero si el hecha por otro
dilataré mas mi anhelo.
Voy á buscarle.
Sale Mirteo ¿Qué es esto?
¿Dónde vas, Elisa mia?
Elis. ¿Es posible que ya has vuelto?
Vamos. *Mirt.* ¿A dónde?
Elis. A mi padre.
Mirt. ¿Pues qué? Se venció á los ruegos
de tu madre? *Elis.* ¿No te dige,
que mi corazon sincero
me habia baticinado
la ventura que poseo?
Pues no se engañó: mi padre,
con impacientes deseos
te espera; y antes que el Sol
alumbre en otro emisferio,
serás mi esposo, y veras
de mi padre los afectos
por una hija; tan amable
en sus caricias y tiernos
brazos con que te recibe:
vamos, ven, ven. *Mirt.* Mi dueño,
ten piedad de un alma, que
pasando de extremo á extremo,
mas que en la desconfianza
se acobarda en el contento.
Elis. Vamos,
que juntos respiraremos.
Le tiene de la mano, y al entrarse sale Agenor, seguido de Guardias Reales, y Nobles de Sidon que traen en azafates de oro, manto, cetro y corona, espada y baston, y los sorprende hincando la rodilla á Mirteo. Los Pastores se levantan y se ponen de una banda opuesta á la de la comparsa, previniendo las hondas para defenderse: las Pastoras se entran precipitadas á las chozas, y Elisa se retira á la punta del Teatro suspensa.

Pastores La gente de guerra.
Pastoras Huyamos. *vas.*
Agen. Recibe, Monarca excelso,
de tu vasallo mas fiel,
el homenage primero. *Elis.* ¿Qué dice?
Mirt. ¿Con quien hablais?
Agen. Contigo habla mi respeto.
Mirt. O dexame en paz, ó busca
otro de mas docil genio
para burlarte: nací
libre, si no quiso el Cielo
que naciese Rey; y aunque
homenages no merezco,
tampoco merezco ultrages,
ni sé tolerar desprecios.
Cor. Hasta ver á lo que vienen.
quedo á los otros.
muchachos, estarse quietos.
Agen. Esas generosas iras
te descubren mas: atento
oye, y sufre que te diga
mi lealtad, tu supremo
origen, ser, y destino.
Elis. ¿Cómo, pues qué, no es Mirteo
Agen. No. *Mirt.* ¿Pues quién soy?
Cor. ¿Quién será?
Agen. Abdolomino, heredero
del trono de Sidon. *Mirt.* ¿Yo?
Agen. Si: despojado del cetro
tu padre, por Estraton,
ultimo Monarca nuestro,
mas á fuerza de armas,
que por legitimos derechos,
te entregó á las confianzas
del mio, Infante tierno,
antes de morir. Mi padre
te confió al pobre Alceo,
sin que de él mismo fiara
la importancia del silencio,
hasta que proximo el dia
de su muerte, con secreto
me llamó, y de mis lealtades
confió el caso, añadiendo
tantas pruebas, que bastaron
á que yo tomára empeño
en colocar sobre el trono
á mi Rey: y asi, sabiendo
de Alexandro, el formidable

valor, y el heroico aliento,
de él me valí; y he logrado
á costa de sus esfuerzos,
y mis lealtades, el dia
de besar tus pies excelsos,
y de ver al oprimido
Sidon, feliz y contento.
Elis. ¡Oh qué jubilo! ¡Oh qué gozo!
¿Que nuestro Rey es Mirteo?
Aplaudamosle, Zagales.
Cor. Muchachos, vamonos presto
á ir contandoselo á todos.
¿Cómo dige? Ha... Ya me acuerdo...
Mal pergamino... No hay tal,
¿bolo pepipo? En efecto.
Tod. Viva Mirteo. *Mirt.* Aguardad. *confuso*
Tod. Viva Mirteo.
Cor. Aguarda, Rey, hasta que
volvamos los compañeros.
vanse los Pastores.
Mirt. Pues sabes lo que te estimo,
no me dexes tú. *Cor.* Ya vuelvo. *vas.*
Agen. Vamos, Señor, que Alexandro
te aguarda, y al dosel regio
quiere con su mano invicta
conducirte. *Elis.* ¿Y qué es aquello
que viene en los azafates?
Agen. El manto, corona y cetro,
baston y espada. *Mirt.* ¡Ay Elisa!
Elis. ¿Qué dices? *Mirt.* ¿Si será sueño?
Elis. No, no. *Mirt.* ¿Puede ser verdad
tan imprevisto suceso?
Elis. Si; nada tiene de extraño
para mi; tu gran aspecto,
tus grandes prendas, tu brio,
y tus vizarros extremos,
hacian notar á todos,
que no te criaba el Cielo
para Pastor: siempre el alma
me lo estaba á mi diciendo.
Mirt. Asi será; pero mientras
que lo apuramos, primero
que todo es ver á tu padre.
se encamina.
Elis. Acude antes donde el Cielo
te llama: vete á reinar;
que si te acordares luego
de mi, ya él irá á buscarte.
Mirt. ¿Tu reprehendes mi deseo?
¿Tu me obligas á dexarte?
Elis. Ay, si tu vieras mi pecho
como está... lleno de gozo
y dulce esperanza... Pero
no, no: callad importunos
temores, y no pensemos
sino en que Mirteo es Rey.
Agen. Señor, no faltará tiempo
despues para Elisa; ahora
acudid á los afectos
de Alexandro. *Elis.* Bien te dice:
vete, mi bien: qué grosero
es el amor: ve, Rey mio,
ve, Señor... Aguardad:
y el dia que miro lexos
tus brazos, como mi esposo,
como mi Rey, á lo menos,
logre yo besar tu mano.
Mirt. Dime, Capitan, ¿ofendo
la Magestad, si en mis brazos
aseguro sus rezelos?
Agen. Si: que en los Reyes, qualquiera
pasion publica, es defecto.
Mirt. Pues vamos. A Dios, Elisa,
y cree que mas me precio
de ser un fiel Pastor tuyo,
que de los faustos del Reyno.
Elis. Vete á reynar; solamente
á tu memoria le ruego,
que no se olvide de mí.
Mirt. No es facil. *Elis.* Con todo, temo
que eres ya mi Rey. *Agen.* La tropa
se anticipe; previniendo
los honores que le debe
hacer el acampamento
de Alexandro á Abdolomino.
Vamos, Señor. *Elis.* ¡Ay Mirteo!
Mirt. ¡Ay Elisa! *Agen.* Resolved.
Elis. Ve á reinar. *Mirt.* En ti me quedo.
Los tres Proteged, Cielos piadosos,
un amor tan verdadero.

Sigue el final. Se van por un lado, y Elisa se queda inmovil un rato mirando como marchan, y luego con un ademan de sentimiento se va por otro.

JORNADA SEGUNDA.

Magnifico acompañamiento de Griegos, se ven diferentes centinelas repartidas por el acampamento y Soldados ya jugando, ya durmiendo, limpiando las armas, &c. y sale Elisa, trayendo de la mano á Tamiris que viene temorosa.

Tam. Volvamonos á tu alvergue,
Elisa. *Elis.* ¿Por qué te tapas?
prosigue. *Tam.* ¡Yo tiemblo toda!
volvamonos si me amas,
amiga. *Elis.* Yo no te entiendo:
antes, tanto te afanabas
por ver á Agenor, y ahora
que estamos ya tan cercanas
á hallarle, quieres volverte?
Tam. Es que desde la distancia,
me ocultó amor el peligro;
y ya cerca me acobarda
mi temeridad. *Elis.* ¿Por qué?
Tam. ¿No soy yo la desgraciada
hija de Estraton? ¿No son
estas tiendas y estas armas
de los Griegos? Pues si alguno
me descubre: dime, ¿á quántas
desdichas me expongo? Huyamos
por piedad, Elisa amada.
Elis. ¡Vano temor! ¿Pues quién puede
conocerte? Y quando hallaras
quien te conociera, acaso
¿tan cruel y tan tirana
es la condicion del grande
Alexandro? Tiene dadas
muchas pruebas su virtud.
¿No sabes ya del Monarca
de Persia, su esposa y madre
el suceso? *Tam.* Sí: mas nada
puede haber que me asegure,
porque se que mi desgracia
es mayor que sus piedades;
y yo no quiero arriesgarlas:
ven, volvámonos. *Elis.* Perdona,
ó vuelvete sola á casa,
si quieres; que yo no temo:
y quiero ver si mis ansias,
de Mirteo lograr pueden
siquiera la vista. *se encamina.*
Tam. Aguarda,
que tu me infundes aliento.
da un paso y se detiene.
Elis. Pues vamos: ¿qué, ya desmayas
otra vez? *Tam.* ¡Valedme, Dioses!
El pecho se sobresalta,
á vista del riesgo. *Elis.* Pues
yo ya estoy determinada: *sueltale la*
á Dios Tamiris. *Tam.* Escucha: (*mano.*
dile á mi querido::: *Elis.* Vaya,
¿qué le he de decir? *Tam.* Que vine::
dile que aguardo::: ¡Mal haya
mi temor! Ya, Elisa mia,
sabes mis desvelos: habla
tu por mí; sabes mi suerte,
y sabes lo que es constancia,
y lo que es amor: si acaso
le vieres, interesada
por mi, pintale mis penas
al temple de tus palabras. *vas.*
Elis. Esta parece la tienda
mayor que hay en la campaña
de los Griegos: ¿si á Mirteo
encontraré aqui?
Sale Agen. Bizarra
Ninfa, ¿dónde vas? *Elis.* Al Rey.
Agen. Detente, porque se halla
en consejo con sus Griegos,
y no puedes verle. *Elis.* Basta:
¿con sus Griegos está? *Agen.* Si.
Elis. Pues no me estorves la entrada,
que Alexandro no es mi Rey.
Agen. Tente, que tambien hay causas
para que ahora ver no puedas
al Rey de Sidon. *Elis.* Aparta,
que con verle me contento;
no vengo á pedirle gracias.
Agen. No es posible que á su tienda
pases, Elisa. *Elis.* Pues Vaya,
entra tu al instante, y dile
que aqui le espero, que salga.
Agen. Ni á él es decente, ni á mí
permitida la demanda.
Elis. Pues á mi me es permitido
esperarle. *Agen.* Tu te causas
por ahora, bella Elisa,
y en valde nos embarazas:
Vete: que yo con tu Rey

te buscaré luego que haya
presentadolo á Alexandro.
Elis. No, Agenor: ¿bueno es que engañas
á Tamiris, y querias
que yo de ti me fiara?
Tendré paciencia, hasta que
le vea; que á bien que faltan
bastantes horas de Sol.
Agen. Mira, Elisa, que me agravias
en creer que olvido á Tamiris.
Ahora en hablar pensaba
por ella á Alexandro; vete,
no estorves con tu llegada
(si saliere) mis intentos.
Elis. Ya me voy: pero si tardas *levantase.*
mira que vuelvo al instante:
Agen. No culparás mi tardanza.
Elis. A Dios::: Pero tu entretanto,
se va y vuelve.
dile á Mirteo mis ansias. *Agen.* Bien.
Elis. Dile, que infiero las suyas. *yendose.*
¡ Oh quántas veces, oh quántas
se habrá acordado de mi!
Agen. Muchas.
Elis. ¿Y me nombra? ¿Habla *vuelve.*
de mi amor? *Agen.* Siempre.
Elis. ¿Y qué dice?
Agen. No te irias, si empezara
á contarte sus extremos:
ahora ne es ocasion: marcha.
Elis. No te enojes. Ya me voy;
pero quando separada
me miras del dueño mio,
y mis cuidados desayras,
acuerdate que eres hombre;
y de que quizá mañana
puedes querer, con destino
tan contrario á tu esperanza,
que al ir á coger el fruto,
pierdas de vista las ramas. *vas.*
Agen. Justos Cielos, influid
hoy de Alexandro en el alma,
para alivio de Tamiris,
vuestra piedad soberana,
que bien lo merece: ¿pero
dónde encamina las plantas
veloces, mi Rey? *á Mirteo que sale*
Sale Mirt. A Elisa *(apresurado.*
vi aqui, que contigo estaba,
desde lexos: ¿dónde está?
¿Por qué de mi se recata?
¿Dónde se oculta? *Agen.* Se ha ido.
Mirt. ¿Sin haberme visto? ¡Ah ingrata!
Pero yo la alcanzaré.
Agen. Señor, detente, no vayas.
Mirt. ¿Y por qué? *Agen.* Porque no puedes.
Mirt. ¿Pues quién contiene á un Monarca?
Agen. Su justicia, su decoro,
la razon, y su sagrada
dignidad. *Mirt.* Con que mas libre
fui Pastor en mi cabaña.
¿Pues de qué me sirve el Reyno?
Agen. Si el Reyno á ti no te basta
á servir, tu bastar debes
á servirle, pues le mandas.
El Cielo al Reyno te envia,
no el Reyno á ti, y asi el alma
generosa, el regio aliento,
la excelsamente alumbrada
de que ya te adornó, deben
producir en quanto abrazan
tus dominios, la fortuna
publica; y esta afianza
la tuya. Mas dime, ¿cómo
si tus pasiones te arrastran,
podrás gobernar pasiones
agenas? No me acordaba
que eres mi Rey, no, Mirteo:
perdona que arrebatada
mi lealtad por zelo, erró:
dia es, gran Señor, de gracias,
sea la primera el indulto
de mi culpa. *arrodillase.*
Mirt. ¿Qué haces? Alza,
Agenor, y hablame siempre
de ese modo, si me amas:
es tan hermosa á mis ojos
la verdad, que mas me agravia
al creer que me ofenda, que
me obligaste al pronunciarla.
Agen. ¡Ah, qué prueba de que el Cielo
á reinar te destinaba!
Mirt. Mas dime, ¿no tengo de
amar á quien me idolatra?
¿Es poco digna de amor
Elisa? ¿Porque me ensalza

la corona, he de dexar
á la que Pastor me amaba?
¿No he de tener compasion
de su temor y sus ansias?
Ni los Dioses, ni los hombres
se podrán de mi constancia
ofender, aunque la sepan.
Agen. Nadie puede condenarla:
pero antes de todo::: *Mirt.* Antes
de todo es el consolarla:
vamos, que despues::: *Agen.* Señor
mira que luego que salga
Alexandro del consejo
que celebra por tu causa;
con los grandes de Sidon,
creyendo que aqui le aguardas
ha de venir. *Mirt.* ¡Pobre Elisa!
¡qué triste y desconfiada
estarás de mí! *Sale Cor.* ¿Mirteo?
Yo crei que no te hallaba.
Mirt. ¿Pues por qué no me seguiste?
Cor. Porque tenia unas cabras,
Celfo, de venta, y queria
ver si las daba varatas.
Mirt. ¿Y las compraste por fin?
Cor. Qué habia de comprar: si anda
todo el Egido revuelto
lo poco que ha que tu faltas.
Mirt. Por qué? *Cor.* Porque unos no creen
que tu eres Rey: otros callan,
hasta ver si es verdad: otros
lo defienden á puñadas:
otros te tienen envidia:
y todo es una algazara.
Pero lo mejor de todo
es oir á las Zagalas,
todas dicen que te quieren,
y unas lloran, y otras cantan.
¿Qué? Ni el dia de la boda
de mi primo Floro y Tancia
hubo tanta bulla como
hoy, en toda la comarca.
Mirt. ¿Y no has visto á Elisa? *Cor.* Si:
ahora la dexe sentada
hay en la fuente del bosque
con Tamiris, y al mirarlas
tan mudas y tan suspensas,
juzgué que eran dos Estatuas
de dos silvestres Deidades,
como Siringa, ó Diana;
hasta que ambas suspiraron,
y advertí que eran humanas.
Mirt. No iremos por un momento
á la fuente para hablarlas,
y nos volveremos? *Agen.* No:
que la consulta acabada,
ya Alexandro se encamina
aqui. *Mirt.* Qual es, me señala.
Agen. No conoces la divisa
de todas las Reales Guardias?
Mirt. Si. *Agen.* Pues el que las precede,
es Alexandro. *Mirt.* Turbadas
mis potencias á su vista,
no se si hallaré palabras.
Agen. Vete, Corino. *Cor.* ¿Por qué?
Agen. Nos conviene quando salga
el Griego Rey, estár solos:
mira, aquella es la morada
que está al nuestro prevenida.
Mirt. Vete á ella, y alli aguarda
que volvamos, advertido,
de que aquel que en la cabaña
siempre se acordó de ti,
no te olvidará Monarca.
Cor. ¿Pues qué has de hacerme, Señor?
Mirt. Despues lo sabrás, aparta,
que llega Alexandro. *Cor.* Voy.
Córino, obedece y calla:
si te tiene cuenta, estate,
y si no te tiene escapa. *vas.*
Agen. Venza la gloria, qualquiera
otro afecto que en ti haya:
acuerdate de quien eres,
y olvidate de que amas.
Mirt ¡Lleno estoi de sobresaltos!
¡Ay Elisa idolatrada!
Salen Alexandro con Guardias y Nobles de Sidon.
Alex. ¿Agenor? *Agen.* ¿Gran Señor?
Alex. Mucho tenemos
que hablar los dos despues: ¡pero qué miro!
¿cómo el Rey de Sidon, ya no ha trocado
por la purpura, el tosco desaliño?
Mirt. Porque hasta ahora las ocupaciones

de tu gobierno, no me han permitido
besar la mano que me eleva al trono,
en muestra del obsequio que te rindo:
permite pues, que á las gloriosas plantas
de mi gran bien-hechor:::

Alex. No: de tu amigo
ven á los brazos: el respeto dexa
pues, en esta faccion, yo solo he sido
executor del orden de los Dioses:
á ellos debes, no á mi, tu Real destino:
solo me eres deudor á mi, del gozo
que disfruto al mirarte, y al cumplirlo.
Yo por tu gloria anhelo, y esta basta
para satisfaccion y premio mio.

Mirt. ¿Qué gloria, gran Señor, habrá á que aspire
quien ó con el cayado, ó con el silvo
apenas gobernar supo un rebaño?

Alex. Serás buen Rey, si buen Pastor has sido.
ama al nuevo ganado que te encarga
el Cielo, como amastes al antiguo:
y como aquel te amó, te amará el nuevo:
¿no fue antes tu cuidado en el aprisco
buscar á tus Corderos sombra alegre,
aguas puras, frondoso y verde sitio?
Pues sea desde hoy buscar á tus vasallos
la abundancia, la paz y el exercicio:
¿velar las noches, y sudar el dia
por el ganado con afan continuo,
y exponer á las fieras robadoras
en su defensa el generoso brio,
te será acaso nuevo? ¿Ya no sabes
reprehender los inquietos Corderillos,
primero con la voz, que escarmentarlos
con la bara, ó el cañamo torcido?
¿Pues qué dudas, si sabes el manejo
de justicia, valor, premio y castigo?
Lleva al trono la heroica docil alma
de Mirteo el Pastor, y yo te afirmo
que á los ojos del mundo y de los Dioses
serás buen Rey, si buen Pastor has sido.

Mirt. Yo me veo en un mar tempestuoso,
y nuevo para mi; ¿dónde el asilo,
donde el norte hallaré si tu te apartas?
¿Quién me dará consejos? *Alex.* Ya adivino
con el presagio solo de esa duda,
que serás un gran Rey. Del torvellino
de ondas que surcas, ya prevees prudente
el escollo peor, y mas preciso
que es el obrar los Reyes por dictamen.
Dar un dictamen justo y advertido,
muchas veces no quiso aquel que supo,
y otras veces no supo aquel que quiso;
de valor, de virtud, de fe, y de zelo,
cada qual hace gala presumido;
pero no siempre el agradable rostro
es anuncio de un animo sencillo.
Hallar quien sepa y quiera es el acierto:
y el acierto de un Rey, puede al advitrio
de pulso ageno, confiar de Marte
y de Astrea, los lauros y los juicios:
pero lo interno penetrar de un alma,
distinguir la verdad, entre los visos
de la mentira, solo de un Monarca
sagaz, es privilegio privativo.

Mirt. ¿De dónde luz tan clara y tan precisa
esperará un Pastor?

Alex. Del Cielo mismo,
que ilumina al que elige para el trono:
jamas hallarás sombras, si advertido,
no dexas que en tu pecho se levanten
nieblas de afectos. Y mi baticinio
verán todos que en ti se cumple, quando
seas buen Rey, si buen Pastor has sido.

Mirt. Si tu brazo y tus labios:::

Alex. Ve, y depuesto
ese rustico trage, otro mas digno
vistete, y vuelve á verme: que ya es hora
de mostrar su Monarca á los Fenicios:
ve pues, mientras yo acá con tus vasallos
de tu proclamacion, dispongo el rito.

Mirt. Florezca, Cielos, está humilde planta
hermosa á vuestra vista, y al cultivo
corresponda en su fruto y sus verdores,
de agricultor tan sabio y tan benigno;
sin que olvide por verse trasplantada
en sitio abierto, la estrechez del sitio
en que nació, y la mano á quien le debe
ser asombro del valle en que ha nacido;
porque honre Mirtéo desde el trono
á los Dioses, al trono, y á si mismo. *v.*

Agen. ¡Oh, si hallase de hablarle por mi vella
Tamiris, la ocasion que solicito.

Alex. En fin, Agenor, ya vemos el dia
de mirar sobre el trono á Abdolomino,
hoy quedará jurado, y yo mañana,
proseguir mis empresas determino,
y partir de Sidon, pues no me sufre
el deseo de glorias á que aspiro,
largos descansos; aunque te aseguro,
que no voy satisfecho : he conseguido
romper el yugo vil que os oprimia:
á la Estirpe Real restituido
dexo el trono, un buen Rey dexo en
Mirteo,
y en ti le queda al Rey, un buen amigo:
quizá eterno seria entre vosotros
mi nombre por tan grandes beneficios.
Solo (¡oh Cielos!) Tamiris le obscurece:
¿qué se dirá de mi, donde haya ido
huerfana, fugitiva y asombrada?
Dirán que soy un barbaro, un impio.
Agen. Temerosa, como hija de un tirano,
huyó, de escusa su temor es digno.
Alex. Esa es su culpa; ¿Qué temer podia?
Si soy inexôrable á los castigos
del error, tambien soy para los premios
de las virtudes, liberal.
Agen. No ha visto
tampoco otro Alexandro, Asia, hasta
ahora.
Alex. ¡Quántas glorias usurpa á mis desig-(nios!
¡Ah! Yo dexara á todos satisfechos,
y de nadie me fuera aborrecido:::
Agen. Animo, corazon:::
Alex. Si ella no huyera,
viera el mundo, mejor que en mis ad-(vitrios
sé distinguir del reo, al inocente.
Agen. Aun puede suceder, Señor invicto:
que yo se donde oculta está Tamiris.
Alex. ¿Y tanto retardastes el aviso?
Agen. En este puesto acabo de saberlo;
y ocasion aguardé para decirlo.
Alex. Ve, apriesa, corre, trahemela al
instante.
Agen. Voy, Señor, ¡oh, qué dia tan pro-(picio!
Alex. Pero aguarda:: Jamas tan bello nudo
logró atar el amor: ya podré, amigo,
partir contento: corre, y á Tamiris
procura hablar, y dila en nombre mio,
que al nuevo Soberano hoy le daremos
yo la corona, y ella el alvedrio
y la mano. *Agen.* ¿La mano?
Alex. Si: ¿Qué extrañas?
Asi de sus dos almas hoy consigo
coronar la virtud, y él sube al trono,
sin que ella baje de él : asi confirmo
la paz entre vosotros, y asi logran
mis fatigas el premio apetecido.
Agen. ¡Oh Deidades! oh dia el mas funesto!
Alex. ¿Callas? ¿Mudas de color?
Agen. ¡Fiero martirio!
Alex. ¿No apruebas el consejo? No es Ta-
miris:::
Agen. Digna del trono.
Alex. Y el intento::: *Agen.* Digno,
de ti, y de ella, Señor.
Alex. ¿Pues de qué afecto
son señal tu silencio y tus sentidos
extremos? *Agen.* Es asombro y alegria
con que tus altas providencias miro.
Alex. Ve pues, no la dilates el consuelo:
y dila que Alexandro, enternecido
de su llanto, enjugarsele desea:
que si contra Estraton á Sidon vino,
no contra la belleza de su hija:
y añade que del trono que la rindo
otras gracias no quiero mas, que sepa
que soy justo, y que no soy vengativo. *v.*
Agen. ¡Ah no esperado, ah fiero golpe!
Ay bella
Tamiris! Te perdí. ¡Qué necio he sido!
Yo propio soy la causa de perderte:
bien pude adivinar::: ¿Pero qué digo?
Agenor infeliz, asi te irritas
de un cetro que á tu bien has adquirido?
¿Eres tu aquel que la virtud blasona?
¿Eres tu aquel que con impulso altivo
pretendes corregir á los Monarcas?
Pues vuelve en ti; corrigete á ti mismo.
¡Pero ay de ti! ¿Podrás en otros brazos
ver tu esperanza bella y tus hechizos,
sin morir? Si, Agenor: esa disculpa
es indigna de ti: solo es preciso
atender á tu honor mas que á tu vida,
si á Tamiris y á ti quieres ser fino;
mas que á tu gusto, mirala en el trono,
y despues muere del primer suspiro.
vase.

Sale Rosilda con una cestilla de requesones, cubierta de un lienzo limpio y yerba, cantando.

Ros. Ay amor,
el que te ha conocido,
ay amor,
no se fie de ti.
Ay amor,
pues ninguna que ama,
ay amor,
es del todo feliz.
Ay amor chiquito y verdadero,
como has acertado
á mi corazon.
En mi pecho lo fino,
ó yere á Corino
con igual harpon.
Ay amor, &c.

Repres. Por mas que con pies de plomo,
y con pasos de garganta
de todo el acampamento
voy corriendo las estancias;
ni á Mirteo, ni á Corino
puedo hallar: yo bien llegara
á preguntar á las tiendas
qual es la suya entre tantas;
pero uno viene, aguardemos
á ver si por aqui pasa.

Sale Corino vestido graciosa y magnificamente de Fenicio, hablando entre si.

Cor. O estoi soñando, ó estoy
convertido yo en Estatua,
ó esta envoltura me ha puesto
la cabeza alborotada:
ya se me olvida á mi que
fui Pastor esta mañana
porque me veo esta tarde
tan guapo: ¡vaya, vaya,
que influyen con gran perjuicio
de las verdades las galas!
Mas ola, aquella es Rosilda:
si: ¿qué buscará? llamarla
quiero... Pero no; veamos
pues me mira, si me habla,
ó me conoce. *Ros.* ¿Corino?
¿Qué hay hombre? ¿Como te hallas
en la Corte? *Cor.* ¿Eres acaso
corta de vista, Zagala?

Ros. Bien te conozco. *Cor.* Pues mientes,
por no decir que te engañas.

Ros. ¿Qué no sois Corino? *Cor.* No.

Ros. Perdonad, porque esa facha
de garrote mal vestido,
esa estatura abreviada,
y esa cara de guijarro,
fueron de mi engaño causa.

Cor. ¿Y quién era ese Corino?

Ros. Un Pastor que yo adoraba
en mi Aldea, tan ingrato,
que en su vida me dió gana:
tan miserable, que aun no
me quiso dar esperanzas.

Cor. Hizo mal, porque esa es fruta
que cuesta poco sembrarla,
y suele producir mucho.

Ros. Sin embargo, yo estoy arta
de verlas sembrar, y ver
coger solo calabazas.

Cor. En sembrando en mala tierra,
todas las cosechas marran.

Ros. Vaya, Corino, no finjas;
mira que vengo enviada
de Elisa, por una parte,
y por otra á ver si es tanta
mi fortuna, que te acuerdas
de quando yo en mi cabaña
te tenia prevenida
agua fresca y te guardaba
las ubas, y los membrillos
mejores que á mi me daban
para merendar, y quando
te dí para una Zamarra
la piel de una Corderilla,
que yo tenia pintada,
y se me murió de frio;
y tu me diste otra sarta
de Corales, en señal
de que mi amor apreciabas.

Cor. No hay tal, que te la di por *vivo.*
no quedar á deber nada.

Ros. ¿Luego eres Corino? ¿Ves *aleg.*
como yo no me engañaba?

Cor. Si te engañaste, porque
si de este mundo en la farsa
á cada uno, segun
lo que aparenta se trata;

debiste, quando llegaste,
para merecer mi gracia,
hacerle á mi gran vestido
muchas, y mui cortesanas
reverencias; pues él es
quien nos distingue: que el alma
aunque es igual, rara vez
para distinguirnos basta.
Ros. Poderosisimo Señor
Corino, quedo enseñada,
y respetando el vestido,
digo á su dueño, que vaya
á buscar luego á Mirteo,
y esta cestilla de natas
le dé de parte de Elisa,
que triste y desesperada
verle desea, y saber
si la olvida, ó si la ama.
Cor. Yo no me atrevo, porque
Agenor, que es quien nos manda,
está empeñado en que ya
ha de aspirar á mas altas
glorias que Elisa, Mirteo,
y con él no quiero chanzas.
Lo que puedo hacer por ti,
es ponerte tan cercana
á su tienda, que tu puedas
verlo, y darle, si te llama
el recado y la cestilla.
Ros. Con eso que por mi hagas
estoy contenta. *Cor.* Pues vamos.
Sale Agen. ¿Dónde vas Corino? Aguarda.
Ros. y Cor. A ninguna parte: ¡Cielo!
nos ha cogido en la trampa. *temblando*
Agen. ¿Qué buscas aqui? *Ros.* Venia
á ver si acaso encontraba
quien me comprase esta hacienda.
Agen. Pues vuelvete á tu morada,
que no estás bien aqui: toma
estas monedas de plata
y remediate, si acaso
has venido aconsejada
de tu necesidad. *Ros.* Tomo
y disimulo: ¡qué malas
nuevas llevo! ¡Pobre Elisa!
Mucho temo tu desgracia. *vas.*
Agen. Conoces bien á Tamiris,
Corino? *Cor.* Como á mis Cabras.
Agen. Pues al instante has de ir
al aprisco, has de buscarla,
y has de darle este papel
de mi parte. *Cor.* ¿Y si me llama
el nuevo Rey para alguna
cosa de grande importancia?
Agen. No importa: yo quedo aqui.
para disculparte: calla
y obedece. *Cor.* Qué funcion
ha de haber con las Zagalas
y los Zagalejos, quando
me vean! Valiente zambra
ha de haber, y bravamente
tengo de llenar la panza:
pues sin duda, harán convite
general á mi llegada. *vas.*
Agen. Esto ha de ser valor; sepa Tamiris
á costa de mi amor y de mis ansias,
que el Cielo la destina para el trono
de Sidon, y que aquel que la idolatra
aspira mas á venerarla Reyna,
que á las caricias de su mano blanca.
Sale Mirteo vestido heroycamente apresurado.
Mirt. Agenor, otra vez volvió Alexandro
con su Consejo á las Consultas arduas
de su gobierno: y otra vez te busco
para ver si me cumples la palabra
de que vamos á ver juntos á Elisa:
envuelto en estas ropas tan vizarras,
no podrá conocerme: dime, amigo,
¿vamos ahora? *Agen.* No: Señor, repara
que es otro tiempo, y son otros cuidados
á los que ha de atender un buen Monarca.
Mirt. Pues qué he de hacer? *Agen.* Has
de olvidar á Elisa.
Mirt. ¿Qué la olvide? ¿Quién es quien me (lo manda?
Agen. Tu destino feliz: el bien del Reyno,
y del trono el honor.
Mirt. Si es circunstancia
para reynar, dexar de ver á Elisa,
el dosel dexaré por la cabaña:
ella ha sido y será toda mi gloria,
y mientras ella y yo tengamos alma,
siempre á Elisa amaré, y ella á Mirteo:
tu sabes quanto puede la crianza
en dos pechos iguales; tambien sabes
quanto la debo... Sabes...

Agen. Mi Rey, calma
ese ardor juvenil.
Mirt. ¿Que olvide á Elisa,
que es toda mi pasion? Si lo intentara
solamente, morir aqui me vieras. (ña,
Agen. Mira, Señor, que tu pasion te enga-
y que sobrecogido todavia,
todo el valor de tu virtud no alcanza.
Mirt. ¿Qué mas puedes decirme?
Agen. Que Alexandro
destinado á otra esposa Soberana
te tiene ya... ¡Mas ay! Que viene Elisa:
vamos. *Mirt.* No quiero.
Agen. Mira que si la hablas
tambien la expones: ten piedad, Rey mio,
de ella y de ti. *Mirt.* Te fio mi palabra
de no hablarla: con verla me contento.
Agen. Ni has de oirla tampoco: y si te enfada
mi osadia, castigala; mas piensa
en que solo es lealtad, y la mas clara.
Le toma por la mano y le lleva huyendo de Elisa, y al entrarse por la izquierda encuentra con Tamiris que le sorprende, y Elisa sale acelerada por la derecha impaciente.
Tam. Aguardate, Agenor.
Elis. Mirteo, escucha.
Mirt. ¡Ay suspirado bien!
Agen. ¡Ah suerte airada!
Tam. ¿Tan presto te olvidaste de Tamiris,
que de ti persuadida te aguardaba?
Elis. ¿De quando acá le cuesta solo verte
tantos suspiros á tu Elisa amada?
Tam. ¿Te volviste á acordar de mis afanes?
Elis. ¿Te volviste á acordar de mi esperanza? (te?
Tam. ¿Puedo saber en fin, quál es mi suer-
Elis. ¿Encuentro todavia en la elevada
persona de mi Rey, mi Pastorcillo?
Tam. ¿Mas tu suspiras?
Agen. Mi Princesa:::
Tam. Habla.
Elis. ¿Mirteo, tu tampoco me respondes?
¿Te miro y no me miras? ¿Hablo y callas?
Agen. Señora, yo debia... Hablar no puedo. (labras.
Mirt. Yo queria... No encuentro las pa-
Tam. Como::: *Elis.* ¿Qué fue?
Las dos Sepamos el motivo. (gracia,
Agen. Ninfas, no apresureis nuestra des-
y la vuestra: tiempo hay para saberlo;
dexadnos entre tanto (retiradas)
respirar solos. *Tam.* ¿Lo has oido, Elisa?
todos mis gozos y mis confianzas
tenia en Agenor, y me despide:
mira tu si habrá suerte mas contraria.
Elis. ¿Despedirnos? ¿Qué dices tu, Mirteo?
Mirt. Que muero de pesar, y que anudada
la lengua, el pecho devil, torpe el labio,
ni hablar, ni callar pueden, y desmayan.
Tam. Ya te conozco infiel.
Elis. Ya te conozco (da?
inconstante. *Tam.* ¿Mi suerte te acobar-
¿No amabas tu las prendas de Tamiris?
A la Princesa de Sidon amabas.
Elis. No eran por amor puro tus finezas;
eran ociosidad de la campaña.
Tam. ¡Inconstante Agenor!
Elis. ¡Mirteo ingrato!
Tam. No vi yo desde el trono la distancia
que habia de ti á mi, como tu miras
la que hay de tu fortuna á mi desgracia.
Elis. ¿Tan presto el Real adorno te ha trocado
en aspereza las caricias blandas,
que eran costumbre ya, mas que deseo?
¡Ay Mirteo! Si el Cielo nos trocara
las suertes, y qué poco yo pudiera
vencer tan facilmente mi constancia.
Tam. ¿Con que acabó tu amor?
Agen. Tal no presumas:
primero faltarán del mar las aguas.
Elis. ¿Con que al fin, me abandonas?
Mirt. No: primero
sera presagio de la sombra el alva.
Tam. ¿Pues qué señal me das de tu fineza?
Elis. ¿A dónde podré hallar enamorada
el Pastor que fue toda mi delicia?
Agen. Mi muerte es la señal.
Tam. ¡Qué triste alhaja!
Mirt. En mi silencio, y mi dolor, Elisa,
te doy las pruebas de mi amor mas claras.
Elis. Tambien pueden ser pruebas de tu olvido.

Mirt. Pierdase todo, y no desconfiada
vaya, Elisa, de mi.
Agen. Gran Señor, mira
que Alexandro se acerca: ya sus guardias
nos alcanzan á ver.
Elis. Mirteo.
Mirt. Elisa.
Tam. Agenor.
Agen. Justos Cielos, tolerancia.
Las dos ¡Ah, qué será de mi!
Mirt. ¡Cruel destino!
Agen. Todo, Señor, se arriesga, si te paras.
Los quatro. Amor, si eres Deidad, contra las iras
de nuestros hados, vuelve por tu causa.

JORNADA TERCERA.

Bosque sombrio con una rustica fuente.

Sale Mirt. Felices soledades,
amiga y clara fuente,
que fuisteis tantos dias
centro de mi quietud y mis placeres;
admitid un cuidado
que hoy á vosotras vuelve,
por si halla entre vosotras
el antiguo sosiego que apetece.
¡Mas ay de mi! Que alguno
las frescas hojas mueve.
¿Si será Agenor? ¡Quánto
dominio su razon en mi amor tiene!
Quiere que olvide á Elisa,
quiere que en otra piense,
quiere que la abandone:
¡oh quántas cosas imposibles quiere!
Pretende ella que amante
yo sus finezas premie,
pretende que la estime,
y yo sé la razon con que pretende.
De Agenor las heroicas
ideas me suspenden;
y de amor las ideas
me confunden, me arrastran, y me vencen.
Y este, infeliz destino,
se vive asi, ó se muere?
Infeliz trage, dime
si eres ventura, ó si desgracia eres.
Qué importa que entre varios
matices diferentes,
la purpura y el oro
por adornarme se unan, ó se mezclen,
si degé mi apacible
fortuna con mis pieles,
y está mas triste el alma
quando mas el adorno resplandece?
¡Ay de mi desdichado!
Sin duda Agenor viene.
¿Qué haré? Que á resistirle
no me atrevo, ni basto á complacerle.

Sale Roscilda cantando.

Del Bostreno á la orilla,
zelosa é impaciente,
la triste Elisa llora,
de su Zagal olvidos y desdenes.

Mirt. ¡Qué es lo que escucho, Cielos!
tan fatal es mi suerte
que no hay ya quien la ignore,
y hay quien me cante exemplo de crueldades.
Bella y cruel Pastora,
no con tu voz aumentes
el peligro de mis ansias,
ni el precipicio á mi dolor abrevies.
Ros. ¿Qué motivo te ha dado
mi voz de que te quejes?
Yo no hablo con el nuevo
grande Rey que á Sidon elCielo ofrece;
iba por divertirme,
cantando con voz debil,
de un Pastor fementido
la falsedad y el animo rebelde.
Mirt. ¿Y quién el Pastor era?
Ros. Era el mas obediente,
mas discreto y brioso
de los que habitan nuestro campo fertil;
era el que hizo envidiable
la venturosa suerte
de Elisa entre nosotras,
por lo fino que fué con ella siempre.
Mirt. ¿Y qué ya no es el mismo?
Ros. No hay nadie que lo piense;
porque no quiso hablarla
una vez que ella se anticipó á verle,
y por otras sospechas
que la infeliz se tiene,
de que amor como es niño

se oculta entre los grandes y se pierde.
Mirt. Pues Zagala, si acaso
á Elisa otra vez vieres,
dila que su Mirteo
es mas fino, aunque menos lo parece.
Dila que su constancia
durará hasta la muerte;
y que todas sus dichas
no igualan al pesar de verla ausente.
Dila en fin, que Mirteo,
sus finezas prefiere,
sino son compatibles
á grandezas, vasallos, y laureles:
diselo, y al decirlo,
asi el amor te premie,
procura consolarla
con dulces expresiones que la alienten.
Ros. Yo, porque tu lo mandas,
haré lo que pudiese;
pero amorosas quexas
mejor el que las da las desvanece.
Mirt. Agenor, de las tiendas
salió ya; vete, vete.
Ros. Voy á decirle á Elisa *ap.*
que aqui queda, por si buscarle quiere.
Mirt. En tus manos, Zagala,
pongo los intereses
de mi vida. *Ros.* En las tuyas
los de Elisa discurro que se arriesguen.
Sale Agen. ¿Posible es, que asi á dexar
tu Pabellon te resuelves,
quando Alexandro te espera,
para coronar tus sienes?
¿Y á vista de la Ciudad
de Sidon, y el eminente
Templo de Hercules camina
á esperarte con tus gentes,
dexando para que vayan
comboyandote los Xefes
principales de su Corte
y la tuya? No rebelde
tu pasion desacredite,
gran Señor, tus excelentes
prendas. *Mirt.* Ya, Agenor, lo veo;
y ya por los intereses
comunes del reyno y mios,
me sacrifico obediente;
vamos pues, donde Alexandro
está. *Agen.* Mas, Señor, advierte
que Elisa y el trono, son
objetos muy diferentes.
Mirt. Ya lo sé; pero de un Heroe
tan generoso, que vierte
su sangre por ensalzar
la mia, no es bien despreeie
el favor, ni á sus preceptos
tampoco es justo oponerse.
Agen. ¡Ah Señor! y qué consorte
tan ilustre te previene
el Cielo! Bien sus afectos
de tal Monarca merece;
amala, Señor, que es digna
del mayor amor. *Mirt.* No tienes
que exâgerarmela tanto,
que bien la conozco: y cree
que si mi fidelidad,
y es ocioso que me acuerdes
sus meritos para amarla,
la amo con tan obediente
amor, y en tan sumo grado,
que si Alexandro no quiere
que reyne mi esposa, en valde
se cansa porque yo reyne. *vas.*
Agen. De la carcel de mi pecho
salid, suspiros crueles;
ya el respeto no lo estorva,
ni ya mi lealtad se ofende.
¡Ay Tamiris! ¡Ay perdido
dueño mio! ¿mas quién viene?
Sale Cor. Señor, ya le di á Tamiris
el papel; y ciertamente
debes escribir muy mal,
ó ella no sabia leerle,
porque le vi sentenciado
á girones muchas veces;
y le dió mas de mil vueltas,
ya confusa, ya impaciente.
Agen. Y al fin, ¿qué te dixo? *Cor.* Poco,
pero bueno: asi tuviese
yo tanta memoria, como
ella entendimiento tiene.
Agen. ¿Se irritó? *Cor.* No me lo dixo.
Agan. ¿Viste su semblante alegre,
ó triste? *Cor.* Yo entiendo poco
de semblantes de mugeres.
Agen. Tamiris no es muger. *Cor.* ¡Pues

por qué lleva guardapieses?
Agen. Es Deidad. *Cor.* ¿Qué las Deidades
tambien citan en las fuentes
á los hombres, para darles
respuesta de los villetes?
Agen. ¿Qué es lo que dices? *Cor.* Yo, nada;
ella es, quien despues de hacerse
rogar mucho, para darme
una respuesta muy breve,
me dixo, con una cara
mas que de Deidad, de sierpe,
que te diga que la aguardes
en el bosque, que ya viene
á darte las gracias de
las fortunas que te debe.
Agen. ¡Ay de mi! Que mi constancia
á resistir no se atreve
este golpe: antes que venga
huir de aqui me conviene.
Cor. ¿Y Mirteo? *Agen.* Ya estará
esperandome impaciente
para llevarle al gran Templo
de Hercules Ticio, al solemne
acto de su aclamacion:
vamos, sigueme, no arriesgue
la paciencia de Alexandro,
y el gusto con detenerme;
vamos. *Sale Tam.* Detente, Agenor.
Agen. Deidades, favorecedme.
Cor. Voy á buscar á Mirteo
que es lo que importa, que este
debe de querer le sirvan
de valde, y que se lo rueguen. *vas.*
Tam. ¿Con qué, Agenor, nada menos,
que un reyno á tu amor merece
la fineza de Tamiris?
Dar un amante sus bienes
á su Dama, es comun; pero
adquirirla, y ofrecerle
los agenos, es fineza
que creo que tu la estrenes.
Agen. No á mi, gran Señora, solo
á tu mérito lo debes,
y al Cielo. *Tam.* Y una noticia
de tan altos intereses
¿por qué á un papel la fiaste?
Mas pudieran complacerme
tus labios que él, y eso mas
tuviera que agradecerte.
Agen. Me pareció que era empeño
demasiado. *Tam.* ¿Y qué? ¿El cederme
tu á Mirteo, no es empresa
mayor que el que lo digeses?
Agen. Es verdad, pero entre amor
y respeto, no es prudente
quien se expone... á Dios, mi Reyna.
Tam. Aguarda. *Agen.* El Cielo prospere
tus años. *Tam.* ¿A dónde vas?
Agen. Señora, á donde me acuerde
de que eres mi Soberana.
Tam. Soy yo porque tu lo quieres;
y solo á tu vizarria
debo tan excelsa suerte.
Agen. A Dios, que mi lealtad clama,
porque ya de ti me ausente.
Tam. Ni el respeto, ni el temor
son del caso, hasta que vieres
que doy á tu Rey la mano;
entonces serán decentes,
y aun precisos. *Agen.* Que yo vea
ese caso, no lo esperes.
Tam. ¿Que no lo verás? Yo quiero
y te mando que obediente
á mi lado asistas, quando
mi real boda se celebre.
Agen. Eso no: dame licencia,
que el ultimo á Dios es este.
Tam. Aguardate, ¿á dónde vas?
Agen. No lo sé; donde me lleve
mi cruel contrario destino.
Tam. ¿Asi á tu Reyna obedeces?
Agen. Pues ya sin mi::: *Tam* No es posible
que faltes. *Agen.* ¿Pues qué pretendes?
Tam. Que vea mi bien hechor
sus obras, y que complete,
al ver mis felicidades,
sus gustos y sus placeres.
Agen. ¡Qué tirania! Señora,
no mi tolerancia pruebes
de ese modo; ten piedad.
Tam. Es en valde quanto ruegues:
no te escucho: de un vasallo
tan leal y tan valiente
solo la obediencia quiero.
Agen. ¡Cielos! *Tam.* ¿Lo has oido?
Agen. Advierte

que es crueldad el acabar
de matar al que se muere.
Tam. Quando tu de mi dispones,
y á otro alvedrio me cedes,
¿por qué me has de hacer el cargo
de la culpa que tu tienes?
Pues yo soy la abandonada,
y mi labio no te ofende,
imita tu mi dulzura,
y ven donde airoso quede
tu corazon, con la grande
víctima que á amor ofreces:
guiame donde Alexandro
espera, vamos. *vas.*
Agen. Crueles
destinos ¡hay mas desgracias!
Infeliz alma, prevente
á tolerar un martirio
que de exemplares carece. *vas.*
Vista de la Ciudad de Sidon, y del magnifico Templo, á cuyo portico se eleva soberbio trono con dos sillas, y las insignias reales estendidas en ellas: la tropa Griega puesta en orden á la vista del trono: concurso de Ciudadanos y Pastores por todas partes, Alexandro suspenso.
Cor. Justo Cielo, tu que influyes
la piedad y la justicia
sobre el trono de Fenicia,
comunica igual favor;
y del gran Monarca Griego
se propague á nuestro ruego
el benefico esplendor.
Alex. Ya el Sol cerca del ocaso
su brillante giro abrévia:
¿cómo tarda tanto el Rey,
Agenor? Despacha, llega:
¿y Tamiris? *Tam.* A los pies
de Alexandro la veis puesta.
Alex. ¿Qué vais á hacer? ¿de Sidon
sois vos la infeliz Princesa?
Tam. Yo soi. *Agen.* Y asi lo aseguran
mi lealtad, y mi obediencia.
Alex. Ven pues, que aunque tu temor
desairar quiso mi regia
piedad, quiero que conozcas
de Alexandro la clemencia.
Tam. Perdonar á sus contrarios
no es magnanimidad nueva
en los Heroes; pero darles
tronos en que se establezcan
mas dignos, es novedad,
Alexandro, que tu estrenas.
No se que impulso, Señor,
siento en mi pecho, que fuerza
mi respeto á venerarte
vencida, á que no te tema
vencedor, á que te implore
Numen en mi suerte adversa,
y te ame mi bien-hechor.
Alex. Todas mis conglorias completa
hacen mas excelso el trono
con tan apreciable Reyna.
Tam. Aun no lo soy. *Alex.* Solo falta
el instante de que venga
tu Real esposo. *Tam.* Señor,
Agenor desde mi tierna
edad fue todo mi gusto;
y constante su fineza
no hubo dia que en su obsequio
mas motivos no adquiriera
hasta hoy que fino, antepone
tu precepto, y mi grandeza
á su esperanza: tu juzga
si debo yo desatenta
posponer sus esperanzas
á mi fausto: considera
si un alma tan generosa
es digna de recompensa:
y determina, Señor,
lo que en este lance hicieras
como Alexandro, porque
yo, como Tamiris, pueda,
imitando tus acciones,
quedar ayrosa y contenta.
Alex. ¿Capaz fuiste de vencer
una pasion tan violenta
como amor? *Agen.* Oyela, mira
sus sentimientos, observa
su discrecion y hermosura;
y di luego ¿si tuvieras
valor de quitar al trono
una mitad tan perfecta?
Alex. Y en efecto, ¿tu tan fina
tambien por él te demuestras?

Tam. Oyele, y di si merecen
expresiones tan sinceras,
tal fidelidad, castigo,
Alex. Asi es, pero tu, Princesa,
me parece que gustosa
estabas, segun las señas
de tu semblante, del regio
lazo nupcial. *Tam.* No lo creas;
mas ambiciosa que amante
me creiste; y mal cupieran
la ambicion ni la mudanza,
donde un fiel amor se hospeda.
Alex. Solo esa constancia, envidia
dar á Alexandro pudiera.
Agen. ¡Qué virtud! ¡Que fé! Deidades,
¿si habrá consuelo á mis penas?
Sale Elisa con Pastoras.
Elis. Justicia, piedad, consuelo,
Alex. ¿Quién eres? ¿Y qué deseas?
Elis. Yo soy Elisa, que imploro
de Alexandro la clemencia
contra el caso mas injusto
que hystorias y fama cuentan.
Haz justicia. *Alex.* ¿Y contra quien?
Elis. Contra ti, y tus providencias.
Alex. ¿Pues qué injusticia Alexandro
te ha hecho, Pastora bella?
Elis. Alexandro es quien me roba
mi unico bien, quien ordena
mis afanes, quien procura
mi muerte, y quien enagena
en mi vida, que es Mirteo,
los medios de mi asistencia.
Alex. ¿Mirteo? ¿pues qué razones,
á tal extremo te empeñan?
Elis. Oyelas pues, y consulta
mi razon con tu prudencia.
Desde la infancia con afan rendido,
como Pastor que estima su Pastora,
me dió su corazon; y yo hasta ahora
su corazon en paz he posehido:
mil mudanzas los prados han sufrido:
con mas ó menos luz salió la aurora:
mudó para alumbrar el Sol la hora:
solo nosotros firmes hemos sido:
ni el mas soberbio que la tierra pisa,
ni de la suerte el mas airado ceño,
á Mirteo apartar podrán de Elisa:
y si la suerte, ó tu, teneis empeño,
obstinada en empresa tan precisa,
la vida cederé, mas no mi dueño.
Alex. El que te dió el corazon,
hermosa Ninfa discreta,
bien dices era Mirteo
pobre Pastor; mas no era
el gran Rey Abdolomino.
Elis. Rey ó Pastor, mis finezas
solo aspiran á Mirteo.
Ros. Ella pensaba en ser Reyna,
y se queda sin corona
y sin marido: la perra
que viendo estos exemplares
á ningun hombre creyera.
Sale Mirteo de Pastor, seguido de Pastores que trahen en dos azafates las Reales vestiduras.
Mirt. Señor, aqui está Mirteo,
el Pastor. *Alex.* ¿Pues con qué idea
vienes? *Mirt.* A restituirte
toda esa pompa superflua
para mi; y á suplicarte
que me otorgues tu licencia
para que á mi rudo alvergue,
y á mi ganado me vuelva.
Cor. Pastor nací, y Pastor quedo,
nada he perdido en la feria.
Alex. ¿Pues qué, no es digna Tamiris
de que tu mano la ofrezcas?
Mirt. Señor, Tamiris es digna
de hacer feliz con su diestra
al mayor, y mas excelso
Soberano de la tierra:
pero tampoco es Elisa
digna de que yo la ofenda
con deslealtad. *Cor.* Por un Reyno
hay un hombre que no venda
su muger; y otros las venden
por otra muger mas fea.
Alex. Estoi confuso. *Mirt.* Señor,
escucha, y despues sentencia.
De la Estirpe de Cadmo, Elisa hermosa,
y yo pobre Pastor desheredado
habia desigualdad; pero en mi estado
tanto me amó, que se juró mi esposa:
será razon, porque hoy mas venturosa
trueca la suerte en cetro mi cayado,

que escuche yo desde el dosel sentado
con vil serenidad su voz quexosa?
reine quien de reinar vive ambicioso;
que yo con solo Elisa estoy contento,
y á los ojos del mundo mas glorioso:
pues visto á luz de buen conocimiento,
mas que Rey á tan solo un alma odioso,
vale ser un Pastor leal y atento.

Elis. ¿No te dige yo, Agenor,
que era imposible pudiera
Mirteo, vivir sin mi?
Conozco yo bien sus prendas.

Alex. ¡Cielos, quando mas felices
pretendo que todos sean,
de cada bien que procuro
me resulta una violencia!
Pues no ha de ser: que Alexandro
no separa las finezas
de tan leales amantes,
y tan finos: y asi, vuelva
Mirteo á su bella Elisa,
sin que el trono desmerezca:
pues en origen y afectos
tan alta igualdad ostentas,
hay tienes á tu Agenor,
Tamiris, liberal premia
su constancia; y yo te juro,
que mi conquista primera
será daros trono, donde
vuestra virtud resplandezca.

Mirt. y Elis. ¡Oh, grande Alexandro!

Agen. y Tam. ¡Oh justo!

Ros. Ya mas de tu compañera
no te acordarás, Elisa.

Cor. Ya desde hoy mas V. A.
no se hablará con los tontos.

Elis. Rosilda, toda mi hacienda
servirá de dote tuyo.

Mirt. Y tu dentro de tu esfera
cuenta con mi amor, Corino.

Cor. Si no tuvieras verguenza,
Rosilda, para casarte
donde hay tantos que lo vean,
te diera la mano. *Ros.* Toma,
que no soy pataratera.

Mirt. Y visto que donde amor
vive con fe verdadera,
no hay mudanza ni ambicion
que los corazones venza...

Todos. Ansiosos de haber servido
damos fin á la Comedia.

FIN.

